

La conversión de Pablo

Sábado 28 de julio

Antes de su conversión, Pablo era un acérrimo perseguidor de los discípulos de Cristo. Pero ante las puertas de Damasco le habló una voz, resplandeció en su alma la luz del cielo, y en la revelación que recibió del Crucificado, contempló lo que cambió todo el curso de su vida. Desde entonces en adelante, el amor por el Señor de gloria, a quien había perseguido tan implacablemente en la persona de sus santos, lo superaba todo. Le había sido dado el ministerio de dar a conocer el “misterio encubierto desde tiempos eternos” [Romanos 16:25], “Instrumento escogido me es éste —declaró el Ángel que le apareció a Ananías— para que lleve mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” [Hechos 9:15]...

La vida de Pablo fue una vida de actividades intensas y variadas. De ciudad en ciudad, y de país en país, él viajaba, contando la historia de la cruz, ganando conversos para el evangelio y estableciendo iglesias (*Obreros evangélicos*, pp. 59, 60).

A semejanza de muchos actualmente, antes de su conversión Pablo tenía mucha confianza en una piedad hereditaria, pero su confianza se fundaba en una falsedad. Era una fe sin Cristo porque confiaba en formas y ceremonias. Su celo por la ley estaba separado de Cristo y no tenía valor. Su jactancia consistía en que él era impecable en su realización de las obras de la ley, pero rechazaba al Cristo que daba valor a la ley. Confiaba en su propia justicia... Durante un tiempo, Pablo hizo una obra muy cruel, pensando que estaba realizando el servicio de Dios, pues dice: “Lo hice por ignorancia, en incredulidad” [1 Timoteo 1:13]. Pero su sinceridad no justificó su obra ni convirtió el error en verdad.

La fe es el medio por el cual la verdad o el error encuentran abrigo en la mente. Por el mismo acto de la mente se recibe la verdad o el error, pero hay una gran diferencia en que creamos la Palabra de Dios o los dichos de los hombres. Cuando Cristo se reveló a Pablo y éste estuvo convencido de que estaba persiguiendo a Jesús en la persona de sus santos, aceptó la verdad tal como es en Jesús. Un poder transformador se manifestó en su mente y carácter, y llegó a ser un hombre nuevo en Cristo Jesús. Recibió la verdad tan plenamente que ni la tierra ni el infierno pudieron sacudir su fe (*Mensajes selectos*, t. 1, p. 406).

[Al] apedrear a Esteban, los judíos sellaron finalmente su rechazo del evangelio; los discípulos, dispersados por la persecución, “iban por todas partes anunciando la palabra” [Hechos 8:4]; y poco después se convirtió Saulo el perseguidor, para llegar a ser Pablo, el apóstol de los gentiles (*Profetas y reyes*, p. 515).

Domingo 29 de julio: Perseguidor de la iglesia

Después de la muerte de Esteban, se levantó contra los creyentes de Jerusalén una persecución tan violenta que “todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria”. Saulo “asolaba la iglesia entrando por las casas: y trayendo hombres y mujeres, los entregaba en la cárcel”. En cuanto a su celo en esta cruel obra, él dijo ulteriormente: “Yo ciertamente había pensado deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret: lo cual también hice en Jerusalén, y yo encerré en cárceles a muchos de los santos... Y muchas veces, castigándolos por todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extrañas” Por las palabras de Saulo: “Cuando eran matados, yo di mi voto”, puede verse que Esteban no era el único que sufrió la muerte [Hechos 26:9-11] (*Los hechos de los apóstoles*, p. 85).

[El] celo [de Saulo] lo indujo a dedicarse voluntariamente a perseguir a los creyentes. Logró que algunos santos fueran arrastrados ante los concilios, encarcelados o condenados a muerte sin ninguna evidencia de ofensa, salvo su fe en Jesús. De un carácter similar, aun-que orientado en otra dirección, era el celo de Santiago y Juan cuando querían que descendiera fuego del cielo y consumiera a los que habían despreciado y se habían burlado de su Maestro.

Saulo estaba por hacer un viaje a Damasco para atender negocios particulares, pero estaba decidido también a cumplir un doble propósito al buscar, de paso, a los creyentes en Cristo. Con este fin consiguió cartas del sumo sacerdote para ser leídas en la sinagoga, mediante las cuales se lo autorizaba a prender a todos los que fueran sospechosos de creer en Jesús, para enviarlos por manos de mensajeros a Jerusalén donde serían juzgados y castigados. Se puso en camino lleno de la fortaleza y el vigor de la virilidad, e impulsado por el fuego de un celo equivocado (*La historia de la redención*, p. 280).

Tenemos evidencia en la Palabra de Dios de la pensión de su pueblo a ser grandemente engañado. Hay muchos casos donde lo que puede parecer un celo sincero por el honor de Dios tiene su origen en haber dejado desprotegida el alma para que el enemigo tienta e impresione la mente con un sentido pervertido del verdadero estado de las cosas. Y podemos esperar que ocurran tales cosas en estos últimos días, porque Satanás está tan ocupado ahora como lo estaba en la congregación de Israel. No se entienden la crueldad y fuerza del juicio (*Testimonios para la iglesia*, tomo 3, p. 389).

En la naturaleza humana existe la tendencia a irse a los extremos, y de un extremo a otro, totalmente opuesto. Muchos son fanáticos. Los consume un celo equivocado por la religión, pero el carácter es la verdadera prueba del discipulado. ¿Poseen ellos la mansedumbre de Cristo, poseen su humildad y su dulce benevolencia? ¿Está el templo del alma vacío de orgullo, arrogancia, egoísmo y censura? Si no lo está, entonces no saben ellos a qué clase de espíritu pertenecen. No se dan cuenta de que el verdadero cristianismo consiste en llevar mucho fruto para la gloria de Dios (*Testimonios para la iglesia*, tomo 5, p. 285).

Lunes 30 de julio: Camino a Damasco

Cuando los cansados viajeros se acercaban a Damasco, los ojos de Saulo descansaron con placer sobre la fértil tierra, los hermosos jardines, los huertos cargados de fruta y las frescas corrientes que avanzaban murmurando entre el verdor de los arbustos. Resultaba refrigerante contemplar tal escena después de un viaje largo y cansador en medio de un desolador desierto. Mientras Saulo con sus compañeros contemplaban todo llenos de admiración, de repente una luz más brillante que la del sol resplandeció en torno de ellos “y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”...

Una mirada a ese glorioso ser bastó para imprimir su imagen para siempre en el alma del conmovido judío. Las palabras penetraron con fuerza arrolladora hasta su corazón. Un torrente de luz llenó las oscuras cámaras de su mente, revelándole su ignorancia y su error. Vio que mientras se imaginaba que era muy celoso en su servicio a Dios al perseguir a los seguidores de Cristo, en realidad había estado haciendo la obra de Satanás (*La historia de la redención*, p. 281).

Qué humillación representó para Pablo saber que todo el tiempo en que él usó sus facultades contra la verdad, pensando que estaba prestando un servicio a Dios, estaba persiguiendo a Cristo. Cuando el Salvador se reveló ante Pablo en los brillantes rayos de su gloria, quedó lleno de aborrecimiento por su obra y por sí mismo. El poder de la gloria de Cristo podría haberlo destruido; pero Pablo era un prisionero de esperanza. Quedó físicamente ciego por la gloria de la presencia de Aquel a quien había blasfemado; pero eso sucedió para que pudiera tener vista espiritual, para que pudiera ser despertado del letargo que había entorpecido y desvirtuado sus percepciones. Cuando despertó su conciencia, actuó acusándose a sí misma enérgicamente. El celo de su obra, su decidida resistencia a la luz que brillaba sobre él mediante los mensajeros de Dios, ahora producía condenación en su alma y estaba embargado de amargos remordimientos. Ya no se consideraba justo, sino condenado por la ley en pensamiento, en espíritu y en acciones. Se veía a sí mismo como pecador, completamente perdido, sin el Salvador

a quien había estado persiguiendo. En los días y las noches de su ceguera tuvo tiempo para reflexionar, y se rindió ante Cristo sintiéndose impotente y sin esperanza. Solo Cristo podía perdonarlo y revestirlo de justicia (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, tomo 6, pp. 1057, 1058).

Cuando se hace de la Biblia un libro de texto, y se suplica fervientemente la dirección del Espíritu, y al mismo tiempo se entrega completamente el corazón para que sea santificado por la verdad, se logrará todo lo que Cristo ha prometido. Tal estudio de la Biblia producirá mentes bien equilibradas. Vivificará el entendimiento y despertará las sensibilidades. La conciencia se sensibilizará; las simpatías y los sentimientos se purificarán; se creará una mejor atmósfera moral; y se impartirá un nuevo poder para resistir a la tentación (*Consejos para los maestros*, p. 343).

Martes 31 de julio: La visita de Ananías

Apenas podía creer Ananías las palabras del ángel; porque los informes de la acerba persecución de Saulo contra los santos de Jerusalén se habían esparcido extensamente. Se aventuró a protestar: “Señor, he oído a muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén: y aun aquí tiene facultad de los príncipes de los sacerdotes de prender a todos los que invocan tu nombre”. Pero la orden fue imperativa: “Ve; porque instrumento escogido me es éste, para que lleve mi nombre en presencia de los Gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”.

Obediente a la indicación del ángel, Ananías buscó al hombre que hacía solo poco respiraba amenazas contra todos los que creían en el nombre de Jesús; y poniendo sus manos sobre la cabeza del dolorido penitente, dijo: “Saulo hermano, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.

“Y luego le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al punto la vista: y levantándose, fue bautizado” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 99).

El Señor siempre asigna una tarea a cada ser humano. Esta es la cooperación divino-humana. Aquí conocemos al hombre que obedece la luz que se le ha dado. Si Saúl hubiera dicho: “Señor, no me siento inclinado en lo más mínimo a seguir tus indicaciones para obrar mi propia salvación”, todo habría sido inútil, aunque Dios le hubiera dado diez veces más luz.

La obra del hombre es colaborar con Dios. Y el conflicto más duro y más severo se produce cuando llega la hora de la gran resolución del ser humano de someter su voluntad y sus caminos a la voluntad y los caminos de Dios, y confiar en las influencias de la gracia que lo han

acompañado durante toda su vida. El hombre debe llevar a cabo esta obra de sometimiento, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” [Filipenses 2:13]. El carácter determinará la naturaleza de la resolución y la acción. La acción no estará de acuerdo con los sentimientos y la inclinación, sino con el conocimiento de la voluntad de nuestro Padre que está en los cie-los. Sigán y obedezcan la dirección del Espíritu Santo (*Mente, carácter y personalidad*, tomo 2, p. 787).

A los que procuraban negar su apostolado, Pablo les presentó así pruebas de que “en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles” [2 Corintios 11:5], no para exaltarse a sí mismo, sino para magnificar la gracia de Dios. Los que procuraban empequeñecer su vocación y su obra, estaban luchando contra Cristo, cuya gracia y poder se manifestaban por medio de Pablo. El apóstol se vio forzado, por la oposición de sus enemigos, a defender decididamente su posición y autoridad (*Los hechos de los apóstoles*, p. 310).

Miércoles 1 de agosto: El comienzo del ministerio de Pablo

Las noticias de que había apostasía en algunas de las iglesias levantadas por él, le causaban profunda tristeza. Temía que sus esfuerzos en favor de ellas pudieran resultar inútiles. Pasaba muchas noches de desvelo en oración y ferviente meditación al conocer los métodos que se empleaban para contrarrestar su trabajo. Cuando tenía oportunidad y la condición de ellas lo demandaba, escribía a las iglesias para reprenderlas, aconsejarlas, amonestarlas y animarlas. En estas cartas, el apóstol no se explaya en sus propias pruebas; sin embargo, ocasionalmente se vislumbran sus labores y sufrimientos en la causa de Cristo. Por amor al evangelio soportó azotes y prisiones, frío, hambre y sed, peligros en tierra y mar, en la ciudad y en el desierto, de sus propios compatriotas y de los paganos y los falsos hermanos. Fue difamado, maldecido, considerado como el desecho de todos, angustiado, perseguido, atribulado en todo, estuvo en peligros a toda hora, siempre entregado a la muerte por causa de Jesús.

En medio de la constante tempestad de oposición, el clamor de los enemigos y la deserción de los amigos, el intrépido apóstol casi se descorazonaba. Pero miraba hacia atrás al Calvario, y con nuevo ardor se empeñaba en extender el conocimiento del Crucificado. No estaba sino hollando la senda manchada de sangre que Cristo había hollado antes. No quería desistir de la guerra hasta que pudiera arrojar su armadura a los pies de su Redentor (*Los hechos de los apóstoles*, p. 240).

El alma probada por la tempestad nunca es más afectuosamente amada por su Salvador que cuando está sufriendo el reproche por causa de la verdad. Cuando por causa de la verdad tiene que presentarse ante los tribunales [de los] injustos, Cristo está a su lado. Todos los repro-

ches que caen sobre el creyente humano caen también sobre Cristo en la persona de sus santos. “Yo le amaré, y me manifestaré a él” [Juan 14:21]. Cristo es condenado de nuevo en la persona de sus discípulos que creen en él.

Cuando el creyente es encarcelado por causa de la verdad entre los muros de la prisión, Cristo mismo se manifiesta a él y encanta su corazón con su amor (*Mensajes selectos*, tomo 3, pp. 480, 481).

Deberíamos mantener ocupada nuestra mente con el amor, la misericordia y la gracia de nuestro Dios... Experimentamos aflicción para que, en la providencia de Dios, podamos ver que Cristo es nuestro ayudador, que en él hay amor y consuelo. Podemos recibir gracia con la cual ser vencedores, y heredar la vida que se mide con la vida de Dios. Debemos tener tal experiencia, para que cuando la aflicción nos sobrecoja, no nos alejemos de la fe y elijamos el lado de Satanás...

Mediante la mano de la fe, afórrese de las promesas de Dios, y póngase en terreno ventajoso (*A fin de conocerle*, p. 277).

Jueves 2 de agosto: El regreso a Jerusalén

Al llegar a Jerusalén, Pablo contempló con un enfoque diferente la ciudad y el templo. Se dio cuenta entonces de que los juicios retributivos de Dios pendían sobre ellos.

El pesar y la ira de los judíos por causa de la conversión de Pablo no conocía límites. Pero él era firme como una roca, y se ilusionaba con la idea de que cuando relatara su maravillosa experiencia a sus amigos, cambiarían de fe como él lo había hecho, y creerían en Jesús. Había sido estrictamente consecuente en su oposición a Cristo y sus seguidores, pero cuando fue detenido y convencido de su pecado inmediatamente abandonó sus malos caminos y profesó la fe de Jesús. Creía plenamente entonces que cuando sus amigos y ex asociados escucharan las circunstancias de su maravillosa conversión, y vieran la transformación que se había producido en el orgulloso fariseo que perseguía y entregaba a la muerte a los que creían que Jesús era el Hijo de Dios, ellos también se convencerían de su error y se unirían a las filas de los creyentes (*La historia de la redención*, pp. 289, 290).

[E]l principal objeto de [Pablo de] “ver a Pedro”, según él mismo declaró después. Al llegar a la ciudad donde tan conocido fuera un tiempo como Saulo el perseguidor, “tentaba de juntarse con los discípulos; mas todos tenían miedo de él, no creyendo que era discípulo”. Era difícil para ellos creer que ese fanático fariseo, que tanto había hecho para destruir la iglesia, pudiese llegar a ser un sincero seguidor de Jesús. “Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y contóles cómo había visto al Señor en el camino, y que le había hablado, y cómo en Damasco había hablado confiadamente en el nombre de Jesús” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 105).

La misma devoción, la misma consagración, la misma sujeción a los requisitos de la Palabra de Dios, que eran manifiestas en Cristo, deben verse en sus siervos. Él dejó su hogar de seguridad y paz, dejó la gloria que tenía con el Padre antes que el mundo fuese, dejó su posición en el trono del universo, y salió, como hombre de sufrimientos, tentado; salió a la soledad, para sembrar en lágrimas, para regar con su sangre la semilla de vida para un mundo perdido.

Sus siervos deben salir asimismo para sembrar. Cuando fue llamado a ser sembrador de la semilla de verdad, le fue dicho a Abraham: “Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” [Génesis 12:1] “Y salió sin saber dónde iba” [Hebreos 11:8], como portaluz de Dios, para mantener vivo su nombre en la tierra...

Asimismo al apóstol Pablo, mientras oraba en el templo de Jerusalén, le llegó el mensaje: “Ve, porque yo te tengo que enviar lejos a los gentiles” [Hechos 22:21]. Así también los que son llamados a unirse con Cristo deben abandonarlo todo para seguirle. Deben romper relaciones antiguas, renunciar a ciertos planes de vida, y entregar esperanzas terrenas. Mediante labor y lágrimas, en soledad y con sacrificio, debe sembrarse la semilla (*Obreros evangélicos*, pp. 116, 117).

Viernes 3 de agosto: Para estudiar y meditar

A fin de conocerle, “De la derrota a la victoria”, p. 237.